

LOS SANTOS ALTOARAGONESES

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

Invitación.

EN la geografía del espíritu, los santos son los altos picos que se yerguen epopéyicamente hacia Dios.

Es tan bueno huir de la ficción de las ciudades. Y de la lugubrez de nuestros pisos que saben a nicho. Y vivir a pleno pulmón el aura que descende de las cumbres para acariciarnos.

El sol nos besará juguetonamente a través de encajes en verde y oro. Festejaremos la nieve hasta que quemén nuestras manos y nuestros rostros. Gozaremos en el claroscuro de lo sublime. Respiraremos. Y dialogaremos con nosotros mismos de cara al Infinito.

*

—¡Las vidas de nuestros santos!...—Oh, los que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen!—Casi siempre tienen colores de cosa anacrónica... Cuando sale el diablo, por ejemplo...—dice «el moderno». Y el pobre «moderno» sonríe entre burlón y compasivo. ¡Como si el demonio formara cuarteto con los fantasmas, las brujas y los duendes! Pobrísimos «modernos» que desconocen la gran realidad: el demonio. ¿Y decíamos que el «moderno» era archisabido?

A fe que es facilísimo adivinar al demonio aun hoy. Buen titiritero, es ducho en el arte de mover maravillosamente, como polichinelas, los grandes reclamos del pecado: egoísmo, dinero, carne...

*

Seamos amadores de las altas cumbres y de las nieves puras.
Y enemigos de lo vulgar.

La Verdad será confiada al que tenga las manos inmaculadas y blanco el corazón.

Veneremos la montaña. Amemos el bosque. Besemos la nieve.

Y ante nuestra pureza, «exultarán los montes como cabritillos, y, como corderos pequeños, jugarán con nosotros los collados». Y «las cumbres destilarán leche y miel».

*

La poética y el vivir cristiano laten al unísono. Es que si no fuera así, tendríamos un cristianismo de archivo y una poesía disecada, de museo.

La poesía no es sólo la lengua oficial de la Iglesia. Ni solamente su estilo. La poesía es también su ética.

Hay poesía en los rezos, en las paredes de los templos, en la indumentaria, en la música, en los gestos litúrgicos... Pero hay también poesía—debe haberla, por lo menos—en cada minuto del cotidiano discurrir de nuestras vidas cristianas.

Cristianismo no equivale a expediente. Ni a cárcel del espíritu. Ni a forja de hombres amargados por un agotador alerta a legales negociaciones incoloras.

Así lo entendió el pueblo. Y relleno con áureas leyendas las lagunas de la historia. Por necesidad de deleite y por necesidad de camino.

*

Dejemos al «moderno» surcar velozmente el aire, la tierra y la mar. Que ande alocado tras su muñeco de serrín: el dinero. Como un niño absorto en la ilusión de una avioneta de papel.

Y admiremos a nuestros santos, poetas del gesto, del ademán, de la acción.

Y yuxtapongamos a la belleza de sus gestas y a la estética de su vivir, la prosa de nuestras vidas vergonzantemente cristianas. A la exuberancia de sus flores, nuestro manojito de aliagas.

Entonces, quizá sea posible transubstanciar el ramillete de aliagas en bella poesía. De aquella poesía que agrada a Dios y a los hombres.

SAN VICENTE, ARCEDIANO DE ZARAGOZA Y MÁRTIR

1 Piadosamente rivales, Valencia, Zaragoza y Huesca han escrito buen número de páginas, reivindicando el título de patria del Vencedor. La tradición, la liturgia, la piedad y hasta la crítica se pronuncian a favor de Huesca. Hoy sería superfluo traer a estas páginas todo el bagaje argumental que se ha exhibido en el transcurso de los siglos.

Vicente nació, pues, en Huesca, de familia consular. Su padre se llamó Eutiquio, y Enola, su madre. Destinado a las letras, fué confiado, como fruto tierno, a Valero, obispo de Zaragoza, a cuyo calor maduraría en virtud y ciencia, hasta el punto de merecer que el pontífice santo le encumbrara el arcedianato y le constituyera su brazo derecho ¹.

Al frente de la administración de los bienes de la iglesia cesarAugustana, cuidando de las viudas, de los huérfanos y de los pobres, Vicente conquistó la confianza del santo obispo, como antes ganara su amor. Y el bueno del prelado, bueno como el pan de estas tierras, un tanto tímido y de palabra torpe, acabó descargando sobre los juveniles hombros de su arcediano el peso de la predicación evangélica. Valero reservaría todas sus energías para la contemplación y el amor ².

2 Anochecía en el Imperio romano, el de los divinizados Césares. Oleadas de bárbaros avanzaban con paso firme y decidido hacia el corazón de la romanidad, como otra, más gigantesca y más asoladora, erupción de un humano Vesubio. La Dacia, el mismo Danubio se habían

1. Afirman algunos autores que Eutiquio era hijo de un tal Agreso, príncipe zaragozano, y que Enola era hermana de san Lorenzo, de quien, por tanto, nuestro santo sería sobrino. Ahondando más en detalles de la juventud de san Vicente, diremos que la casa de los padres de éste estaba junto a la Puerta Nueva, de la que saldría niño aún, para ir a convivir con sus abuelos, que morarían en la Plaza del Mercado. Según san Vicente Ferrer, su homónimo era aragonés, de Huesca, y, siendo joven, se marchó de la casa de sus padres por las ocasiones de pecado que en ella había y se fué a Zaragoza a cursar en el Estudio General de Filosofía.

2. Pretenden algunos que san Vicente acompañó a san Valero al Concilio de Elvira. Hay que objetar a esto, que el Concilio tuvo lugar en el año 305-306, después del martirio de los dos eclesiásticos realizado en el 304.

rendido al empuje de los alaridos de la gente norteña. Y la epicúrea tranquilidad de los amos del Universo fruncía el ceño de puro miedo. Entre placeres de carne y orgíacas libaciones los romanos se mentían a sí mismos, afirmando la inexpugnabilidad del nuevo cinturón pétreo que, a ritmo acelerado, levantaban los esclavos alrededor de Roma.

En lo ideológico, ni los demás conspicuos dialécticos vislumbraron la posibilidad de que el sol de Nazaret reemplazara y superara el oropel del Olimpo. Creyeron—¡oh ridícula política!—que podrían apagar con gasolina el fuego que Cristo Jesús había venido a encender en el mundo.

Después de la persecución decretada por Aureliano, los avances de los bárbaros acapararon la atención de Tácito, Probo, Caro, Carino y Numeriano. Y los cristianos disfrutaron de unos veinticinco años de paz. Hasta Diocleciano.

Diocleciano (284-305) no quiso para él solo la responsabilidad—¡los honores, sí!—del Imperio y se asoció a Maximiano, a quien dió el título de Augusto, y creó dos césares: Maximino Gaerio y Constancio Cloro. Enamorado del lujo y de la altisonancia, abrió las puertas de sus palacios a las modas orientales. Delicada y elegantemente pisando bruñidos mármoles, en el fastuoso ambiente de pompas, reclinado sobre mullidos almohadones, vestido de ricas telas procedentes de países lejanos, mimado su cuerpo con perfumados baños, discurriendo con filósofos y poetas y fenecedoras bellezas—todo ello, en definitiva, bombollas de jabón—, Diocleciano fué el más cruel de los perseguidores de la Iglesia de Cristo. Persecución, la por él iniciada, larga, sanguinaria, terrible. Cayeron, en una primera etapa persecutoria, los legionarios cristianos que conocían y amaban a Jesús. Por dos veces, fué diezmada en las Galias la Legión Tebana. Murieron los mejores de la II Legión Pártica. Y las mismas cohortes pretorianas vieron volar al cielo los más apuestos oficiales.

Fué Maximino Galerio quien convenció al emperador en el año 303 de la necesidad de generalizar la persecución y aniquilar a los cristianos. Y la persecución se extendió por todo el Imperio.

Un célebre hombre de leyes, Daciano, presidente de las Españas, recibió el encargo de hacer cumplir el edicto del emperador en las provincias hispánicas, en las que había calado hondo la Nueva Doctrina, de manera que en urbes y pagos el nombre de cristiano no tenía sonoridad de cosa rara. La organización eclesiástica había enraizado ya profundamente.

3 EN EL NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESÚS CRISTO. EMPIEZA LA PASIÓN DEL FELIZ Vicente, arcediano y mártir ³. En aquellos tiempos, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, se desató una terribilísima persecución contra los cristianos en la provincia augustana. Y en la ciudad de Valencia, Daciano, iniquísimo príside, tomó sobre sí el oficio de ejercer crueldad contra los santos de Dios.

Apenas entrado el perseguidor de oficio en la ciudad de Zaragoza, ordenó a sus milites que prendieran al obispo Valero y al arcediano Vicente, así como a los prohombres de la iglesia cesaraugustana, los cuales, cargados de cadenas, fueron conducidos a la cárcel de Valencia ⁴.

Al cabo de unos días de prisión, de hambre y de tormento, creyó Daciano que el fruto de la apostasía caería por el peso de su propia madurez. Y mandó fuesen conducidos a su presencia.

Al verlos irrumpir alegremente en su pretorio, se llevó chasco. Esperaba ver unas piltrafas y hasta el anciano Valero se permitía el lujo de mentir con su fortaleza física la verdad de sus años. Se enfadó, pero las leyes no le autorizaban a meterse con el aspecto exterior de los reos. Y fué al grano:

3. El proceso original de san Vicente se había perdido ya en el siglo iv. Entre las versiones que han llegado hasta nosotros, creo que pueden ser tenidas como auténticas las actas de la *Passio brevior*, publicadas en «Analecta Bollandiana», tomo I (1882), página 252 ss., que son las ofrecidas a continuación, vertidas al castellano. Otras actas más largas—debieron ser escritas en el siglo viii o ix—publica asimismo «Analecta», tomo citado, pág. 264, las cuales difieren poco de las que editó Bolando y tradujo el P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro Histórico de las Iglesias de Aragón*, Tomo V (Pamplona, 1792), pág. 333, así como de las presentadas por ENRIQUE FLÓREZ, *España Sagrada*, vol. VIII, ap. II, página 231. Han escrito, además, sobre san Vicente, san Agustín—cuatro sermones—, Prudencio—un himno—, Juan, abad hasnoniense (1096-1096)—en versos leoninos rimados, publicados en «Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis» (Bruselas, 1898-1901), 8.642; de esta versión métrica publica «Analecta Bollandiana», tomo XX (1901), pág. 424, las variantes que presenta el código 217 de Duai—, y el Cerratense—una vida en prosa publicada por ENRIQUE FLÓREZ, op. cit., pág. 241.

4. «Apenas salieron los valientes atletas de Cristo de su ciudad, empezaron a subir un largo calvario de burlas. Los guardianes no cesaron durante todo el camino de guasearse de los presos y, sobre todo, del anciano Valero, a quien escarnecían a causa de la pesadez de sus años y de su turbada lengua. Después de una jornada de camino, llegaron a la que hoy se llama Cariñena, donde el viejo obispo pidió un jarro de agua.—Si eres tan santo—dijéronle los sayones—¡saca agua de la tierra seca! He aquí que el Espíritu Santo inspiró al obispo Valero, ultrajado por los esbirros y maltratado por la necesidad. Y en el nombre de Jesús Cristo dió, cual otro Moisés, con el báculo un golpe al suelo y el agua salió. De entonces acá, nunca ha faltado agua en aquella parte y aún hoy existe un pozo que, en memoria del suceso portentoso, lleva el nombre del santo obispo de Zaragoza. Y de Cariñena fueron llevados a Segorbe, donde hicieron noche en un mesón que llaman el hondo, frente al hospital». (FRANCISCO DIEGO DE AYNSA, *Fundación, excelencias... de la ciudad de Huesca*, Huesca, 1619, pág. 179).

—¿Qué alegas tú, Valero, que, bajo capa de religión, atentas contra los decretos de los príncipes de la paz?—preguntó.

Respondió mansamente el obispo y tartamudeando, según su defecto. Apenas se le entendía. E intervino fogosamente su portavoz, el arcediano Vicente:

—¡No hables tímidamente murmurando, venerable padre! ¡Habla fuerte y acallarás los ladridos del tirano!

Rojo de ira, ordenó Daciano:

—Apartad al obispo. ¡Y que cruja Vicente en el potro, para que aprenda en el aula del tormento a respetar a los príncipes!

En el potro la carne de Vicente caía hecha pedazos sanguinolentos. Crujían sus huesos. Y él cantaba.

—Dime, Vicente, ¿a qué sabe este placer?—preguntó Daciano al irreverente arcediano aragonés.

—¡A cielo, amigo!—respondió Vicente—. No sabes cómo te agradezco todo lo que haces. Suspiré siempre en deseos de confesar a mi Dios.

Daciano se sintió humillado e increpó a los verdugos:

—Miserables, ¿es que se reblandecen vuestras mujeriegas manos? Pudisteis con los adúlteros, con los magos, con los ladrones, con los parricidas hasta hacerles confesar. ¿Es posible que sólo Vicente sea capaz de superar vuestros tormentos? ¿No seréis capaces de arrancar de sus labios la negación de su Dios?

Los sayones apretaron más el mecanismo de su potro. Se hizo el silencio, un silencio de expectación que aprovechó Vicente para advertir, sonriendo un tanto burlón:

—¡Cómo te equivocas, amigo! ¡Tú pretendes atormentarme y sólo consigues coronarme de gloria!—Y continuó con la cantinela que ponía a Daciano fuera de sí: —Confieso que Jesús es el Hijo único de Dios Padre altísimo. Confieso que Cristo es Dios con el Padre y con el Espíritu Santo.

Vinieron luego las flagelaciones. Y el tormento de las láminas de hierro candente sobre el indomable pecho de Vicente. Y el lento gotear del plomo fundido, rociando las llagas recientes del mártir oscense. Daciano—con aspavientos de falsa conmiseración—no quiso asistir a esta carrera de suplicios. Preguntaba, empero, periódicamente a los milites:

—¿Qué hace Vicente?

Y le respondían siempre lo mismo: que el aragonés estaba más alegre y contento que nunca, y que, con una inefable testarudez, seguía confesando que Cristo era el Hijo de Dios verdadero.

Daciano ya no sabía qué hacer con Vicente. Había agotado casi el repertorio de castigos. Vencido de antemano, mandó encerrarlo en una tenebrosa celda, cuyo suelo estaba sembrado de puntiagudos fragmentos de azulejos a fin de que no pudiera descansar su cuerpo maltrecho.

Y he aquí que entrada ya la noche, percibieron los guardianes una refulgente claridad que se filtraba precisamente por las rendijas de la mazmorra dentro de la que, a su entender, debía de estar agonizando Vicente. Fueron a ver y encontraron al mártir plácidamente recostado sobre mullidos vellones, cantando alegremente salmos e himnos al Señor. Aterrados, los milites temieron que lograra escapar de la cárcel, temor que adivinó el arcediano:

—¡No temáis!—les dijo—. Mejor será que os acerquéis para embeber vuestros ojos de esta luz celestial. Y después id en mi nombre a dar las gracias a Daciano por haberme proporcionado placer semejante.

A la mañana siguiente, el príside fué informado. Y se contristó:

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Hemos sido vencidos. Llevadlo a cualquier lecho que tenga buenos colchones. Peor sería, si muriera entre tormentos.

Acostado que fué, conforme a las órdenes de Daciano, Vicente devolvió su alma a Dios.

Luego empezó la desesperada lucha del perseguidor contra el cadáver del santo. Hizo que el glorioso cuerpo fuese abandonado a la intemperie para que lo consumieran las bestias. No lo logró. Porque un cuervo se sentó junto al cadáver y ahuyentaba a las aves y los lobos. Enterado Daciano, entregó el cadáver a unos nautas a los que impuso la obligación de tirarlo al mar, lejos de la costa. Estos, Mediterráneo adentro, ataron al cuello de Vicente una cuerda de la que pendía una rueda de molino y lo entregaron a las aguas y a los peces. Pero el santo cuerpo, regido por la mano de Dios, fué devuelto a la costa valenciana, donde fué recogido por los fieles maravillados ante tales y tantos prodigios y lo enterraron con suma veneración ⁵.

Venció el feliz Vicente en la ciudad de Valencia el día undécimo

5. Según otras actas, el marino encargado de arrojar al mar el cuerpo de san Vicente, se llamaba Eumorfio.

de las calendas februrarias, siendo préside Daciano y reinando el Señor Nuestro Jesús Cristo, a quien sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos amén ⁶.

4 El capítulo de la historia de san Vicente que más debatido ha sido por los eruditos, es el que se refiere a la localización de sus reliquias. Afirman unos que los gloriosos restos del santo oscense reposan en Francia. Otros, que en Portugal. Y aún podría haber quien lanzara la hipótesis de que están en el Peloponeso.

Los más ponderados se inclinan a favor de Lisboa—el P. Flórez y Fr. Ramón de Huesca, por ejemplo—. El historiador de Huesca, Francisco Diego de Aynsa, en cambio, sostiene que las dos partes en litigio—Francia y Portugal—tienen razón. Y es que—según él—san Valero tuvo dos arcedianos del mismo nombre, francés uno y oscense el otro. Vicente, el francés, habría recibido de san Valero la misión de predicar el Evangelio en Francia, donde habría sido martirizado y, más tarde, trasladado su cadáver a Valencia. Al marcharse, habría sido substituído por el oscense, que también fué honoríficamente enterrado en Valencia. El monje Audaldo habría rescatado las reliquias del primer Vicente. Y el oscense habría sido trasladado por los cristianos de Valencia, temerosos de Abdarrahan, al Cabo San Vicente, donde lo habría encontrado Alfonso I de Portugal.

Una cosa es bien cierta: que al escribir el monje Herman su carta al abad de Saint-Vincent de Laon, en 1143, el cuerpo del mártir no

6. Las actas más largas terminan así el relato de la pasión de san Vicente: «Más veloces que Eumorfio, pues eran conducidos por la mano de Dios, los despojos de Vicente llegaron a la orilla, donde fueron acariciados por la blanca espuma, cuando aquél aún se encontraba en alta mar. Poco a poco la arena fué cubriendo el cadáver. Por la noche, el santo habló en sueños a un varón que, según se cree, había aprendido de él la fe y le indicó el lugar exacto de la costa donde se encontraba su cuerpo cubierto por la arena. Ansioso y alegre fué el varón, a punta de día, al lugar señalado, donde se encontró con una viuda, que abundaba en años y virtudes, llamada Jónica, la cual había recibido del santo idéntico mensaje. Y el cadáver fué reverentemente sepultado por las manos escogidas por el mismo mártir, en una pequeña basílica, con precaución en atención a las circunstancias. Y una vez hubo pasado la persecución, al gozar la Iglesia de la paz, fué trasladado a una basílica más suntuosa y mayor, extramuros de la ciudad de Valencia. Es de notar que por todas partes donde se ha edificado una basílica en su honor, san Vicente ha obrado maravillas. Con la fe del Vencedor bendigamos por todas las Españas el nombre del Señor Jesús Cristo que reina para siempre con el Padre y el Espíritu Santo. Amén».

Sobre la edad que tendría san Vicente en el momento de ser martirizado no hay fundamento que permita hacer conjeturas. Para algunos, que creen que san Vicente fué a Roma acompañando a san Sixto y a san Lorenzo, contaría sobre unos 52 años. Otros, en cambio, que niegan este viaje, aseguran que su edad oscilaría entre los 24 y los 30. (Cfr. AYNESA, op. cit., pág. 188).

Algunos martirologios escriben que san Vicente y san Valero sufrieron martirio juntamente con otros 18 cristianos zaragozanos, entre los cuales cuentan a Orión, Memmón, Hermetes, Eneca y Teco.

estaba ni en Francia, ni en el Cabo San Vicente, sino en Valencia, según le atestiguaron los dos monjes mozárabes que habían sido acogidos por Alfonso I de Aragón.

La narración de Aimoin es tan fantástica que casi obliga a dar la razón a los monjes de París que rechazaron a Audaldo por falsario. Fantásticas son también las dos narraciones portuguesas las cuales, además, incurren en contradicciones cronológicas, como la de hacer coincidir el pontificado del Papa Alejandro III con el reinado de Luis VIII el león. A esto hay que añadir el hecho de que en Lisboa se había perdido la memoria del sepulcro del santo, del cual se volvió a saber ocasionalmente en 1614, según refiere con toda clase de detalles Aynsa.

Quizá lo más acertado sea pensar que el cuerpo de nuestro mártir se ha perdido.

A DOM ANSELMO, POR LA GRACIA DE DIOS ABAD DE SAINT VINCENT DE LAON y al dulcísimo dom Gualter, el hermano Herman, siervo de ambos. ¡Sed eternamente glorificados con Cristo, de Cristo, por Cristo y en Cristo! ⁷.

Os prometí que mandaría las pasiones de algunos mártires según las encontré en Zaragoza, ciudad de la que fué arcediano vuestro patrono san Vicente. Dios me concedió la dicha, durante mi estancia en esta urbe, de cantar misa en el altar del santo. Me hospedó caritativamente en su casa el arcediano Guillermo, hermano del obispo zaragozano Bernardo, nacido en Narbona, varón que, a mi entender, se parece mucho a vos, dom Gualter.

Familiarmente hablando con dicho arcediano, le comuniqué mi deseo de ir a Valencia, donde descansa el cuerpo de san Vicente y le rogué me aconsejara. Parecido deseo tenía él, pero no se atrevía a emprender el viaje por miedo a los gentiles. Acto seguido mandó llamar a dos monjes de San Vicente que casualmente moraban en Zaragoza, a los cuales, después de saludarles con el ósculo de paz, pregunté sobre su procedencia y me contestaron que eran monjes de San Vicente de Cuervo.

—¿Dónde está ese lugar?— volví a preguntar.

—Cerca de Valencia— dijeron— hay una abadía construída en honor de san Vicente, cuyo cuerpo se halla recóndito debajo del altar mayor.

—Y ¿por qué esa abadía se llama de San Vicente de Cuervo?

7. El códice de Bruselas 9.119, después de dar las actas más largas de la pasión de san Vicente, presenta esta carta del monje Herman, el cual fué más tarde abad de Saint-Martin de Tournai. La carta va dirigida al abad Anselmo, que en 1145 fué consagrado obispo de Tournai, y al hermano de éste, Gualter. Fué escrita en 1143. («Analecta Bollandiana», II, 1883, pág. 243). Cita al obispo de Zaragoza Bernardo que gobernó desde 1138 a 1153.

—Porque hay allí dos cuervos que conducen a los peregrinos a San Vicente. Sin la ayuda de esas aves nadie podría llegar al monasterio, pues has de saber, hermano, que la iglesia está edificada cerca de la orilla y que todas las noches sale del mar un viento tal que remueve la arena hasta borrar toda senda. Es un viento fuerte que si hoy sorprendiera a un ejército de diez mil hombres, mañana no se hallaría rastro ni siquiera de un solo hombre. Y dos cuervos permanecen siempre sobre los tejados del templo en espera de los peregrinos hacia los cuales se dirigen para enseñarles el camino, revoloteando delante de ellos. Se dice que son descendientes de aquel cuervo que defendió de las bestias el cuerpo de san Vicente, cuando éste fué tirado por orden de Daciano.

—Y ¿cuántos monjes hay en vuestro cenobio?

—Puede haber hasta cuarenta—me dijeron.

—¿Tenéis abad?

—Sí, tenemos abad.

—¿Qué regla seguís?

—La de san Benito—respondieron.

—¿Coméis carne?—pregunté para probarles.

—De cuadrúpedos, no, porque lo prohíbe san Benito, pero carne de volátiles sí comemos, aunque pocas veces, puesto que tenemos más abundancia de peces que de aves. Sabrás que todos los días, muy de mañana, nuestros pescadores se hacen a la mar, de donde vuelven siempre con tantos peces como hermanos y huéspedes se hallan en el monasterio. Son unos peces grandes, tanto, que cada hermano queda saturado con comer uno solo. Ha más de treinta años que vivimos en el cenobio de San Vicente y jamás faltaron ni sobraron pescados para comer. Todos los días los pescadores pescan tantos peces como hermanos y peregrinos han de comer de la mesa común, aunque no sepan los que van a venir de improviso.

—¿Cuántas jornadas—pregunté—imagináis que habrá de aquí a Valencia?

—En seis jornadas podría llegar a Valencia quien, sin miedo a los paganos, emprendiera el camino recto. Pero nadie se atreve a ir por el camino recto.

—Deseo ardientemente poder orar ante el sepulcro de tan glorioso santo. ¿Qué me aconsejáis?

—Si quieres ir allá, ve primero a Sant Yago y júntate con los mercaderes que, después de pagar el acostumbrado tributo, obtienen salvoconducto y pueden caminar seguros.

—¿Necesitaría muchos días?

—Hermano, habrás menester, por lo menos, cinco semanas.

—¿Acaso podría juntarme con vosotros, hermanos, el día en que decidáis volver a vuestro monasterio?

—¡Oh!, nosotros ya no abrigamos esperanza alguna. Has de saber que el rey señor Alfonso, después de conquistar esta ciudad de Zaragoza, sitió a los paganos de Valencia con poco éxito. Y éstos, creídos que el rey les había hecho la guerra por consejo y ruego nuestros, invadieron al filo de la medianoche el monasterio y, tras destruir nuestra hacienda, nos expulsaron a todos, el abad el primero. El rey nos trajo a sus tierras y nos colocó a pares en diversas casas.

Después de oír todo, desesperé de emprender el camino de Valencia.

El arcediano me llevó un día a cierta iglesia llamada de las Santas Masas, en la cual descansan los despojos de más de cuarenta mil mártires, ante cuyos sepulcros me arrodillé e invadió mi pecho una dulzura tal que no pude retener las lágrimas. Después escribí la pasión de estos mártires en este mismo cuaternión para que sirviera de edificacion a todos.

El rey Alfonso fué hijo del rey Sancho, engendrado por la tía materna del señor Bartolomé, obispo de Laon ⁸. Salud.

5 ALMOIN, PECADOR, EL ÚLTIMO DE LOS MONJES DE SAN GERMÁN DE PARÍS, AL señor abad Bernon y a los hermanos del monasterio de Castres, en la villa de Albi. ¡Prosperidad y corona eterna con Cristo! ⁹

En el año 855 de la Encarnación del Señor nuestro Jesús Cristo, reinando el ortodoxo príncipe de los francos Carlos, hijo del emperador Luis, en la Aquitania, en el monasterio llamado de Conkitas, un monje, cuyo nombre era Hildeberto, varón simple, maduro de edad, tuvo cierta visión. Estando durmiendo, oyó una voz que le decía:

—Hermano, ¿estás despierto?

—Señor, ¿qué quieres de mí?—respondió preguntando.

—¡Levántate!—ordenó la Voz—. Y vete a Valencia de las Españas. En esa ciudad buscarás, extramuros, el lugar de la sepultura de Vicente,

8. Sobre los matrimonios e hijos de Sancho Ramírez, cfr. LACARRA, *Semblanza de Alfonso el Batallador* (Zaragoza, 1951). Alfonso I—a quien se refiere el monje Herman—fué hijo de Sancho Ramírez y de la segunda esposa de éste, Felicia de Roucy.

9. «Acta Sanctorum Ianuarii», t. III (París y Roma, 1866), pág. 13. AYNESA, op. cit., página 194. Este mismo relato fué versificado y dedicado a dom Teotger. Publ. «Acta Sanctorum», ibidem.

levita y mártir. Has de saber que se encuentra en una iglesia destruída por los paganos y que ahora no recibe honor alguno. Es voluntad del Señor que sea trasladado a un lugar de paz y de culto legítimo.

Había en el mismo monasterio otro monje, sacerdote como Hildeberto, llamado Audaldo, muy amigo de aquél y muy parecido en edad y santas costumbres. Hildeberto le contó la visión con que había sido favorecido por el Cielo y recabó su compañía para llevar a cabo la misión de rescate de las sagradas reliquias. Como Audaldo sabía por un noble venido de las Españas de nombre Bera, que el cuerpo de san Vicente podía ser fácilmente trasladado, consintió. No sin antes pedir permiso a su abad, Blandino, los dos monjes prepararon sus cosas y emprendieron el camino de las Españas.

Después de unas pocas jornadas de camino, Hildeberto se sintió enfermo y hubo de desistir de su empeño. Audaldo, a quien se unió otro hermano, continuó el viaje hasta llegar a Valencia. En esta ciudad se hospedó en casa de un moro llamado Zacarías. Al quinto día de estar en casa de éste — había pasado cuatro rumiando solamente sobre lo que convenía hacer — se decidió a revelar el secreto y a pedirle su ayuda. Por fortuna Zacarías, que conocía bien aquellos parajes, consintió.

—¿Qué me darás— preguntó Zacarías — si encuentras lo que buscas?

—Poco tengo— contestó Audaldo—, pero buscaré lo que me pidas.

Zacarías pidió cincuenta argentos y cinco sueldos y, puestos de acuerdo, el monje y el moro fuéronse a la iglesia de San Vicente que estaba destruída. Sin embargo, encontraron incontaminado el sepulcro del mártir, cubierto con una piedra grande en la que había, grabado, un epitafio que decía los nombres de los padres de san Vicente: Eutiquio y Enola. Como aún era de día, volvieron a casa de Zacarías.

A la noche siguiente, cuando dormía todo el mundo, habiendo consigo una linterna, volvieron secretamente al sepulcro del santo. Apartaron la piedra grande y hallaron un vaso marmóreo de singular belleza. Se notó la intervención del santo en la gran facilidad con que abrieron el sepulcro, del cual salió un agradabilísimo olor. Metieron dentro de un saco el cuerpo del santo, que se guardaba incorrupto, y lo llevaron a casa de Zacarías, donde lo cubrieron con ramos de palma para disimular. Por cierto que, una noche, era tan grande la luz que emanaba del cadáver, que el moro se asustó sobremanera, creyendo que se había pegado fuego a su hogar. Audaldo, sin embargo, pudo convencerlo que no había tal.

Por fin el monje pudo salir de Valencia. Al cabo de unas jornadas

de camino, llegó a Zaragoza con tan preciosa carga. Aquí se hospedó en casa de una mujer, cuyo nombre ha sido olvidado, cerca de la muralla. Todas las noches Audaldo pasaba largos ratos en oración, postrado delante de las reliquias. Apercibióse la mujer la cual, por medio del internuncio, dió cuenta al obispo de la ciudad, quien mandó prender al monje y examinar el saco. Naturalmente, encontró el sagrado cuerpo y creyó que sería de algún mártir. De aquí que mandara depositarlo en la iglesia de Santa María, que es la madre de las iglesias de Zaragoza.

Cuando fueron a buscar el saco, Audaldo estaba ausente de la casa. Al enterarse de lo sucedido, se entristeció sobremanera y, llorando fué a ver al obispo, que se llamaba Senior ¹⁰. Pidióle con lágrimas la devolución de las reliquias que tan injustamente le había arrebatado y explicóle que era el cuerpo de un pariente muerto tiempo había y sepultado en España y que quería enterrarle en su patria para que durmiera al lado de los demás familiares.

El obispo no le dió crédito y ordenó se le refuviese hasta que confesara de qué ciudad o lugar había robado el cuerpo y de qué santo era. Dijo el monje que lo había sacado de las mismas Españas e inventó que el mártir, cuyo era aquel cadáver, se llamaba san Marino.

Puesto en libertad, Audaldo, sumamente afligido y sin el sagrado cuerpo, volvió a su monasterio. Contó todas estas peripecias al abad y a los hermanos, pero ninguno de ellos creyó esta historia y le expulsaron del monasterio por falsario y vagabundo. Poco después expuso el caso al abad Gislaberto del monasterio de Castres y a los monjes, los cuales le admitieron.

El conde Salomón ¹¹ en ocasión de un viaje a Córdoba, explicó al emir que el cuerpo de su padre, Sunyer, cuando era llevado a su tierra desde las Españas, fué violentamente arrebatado por el obispo de Zaragoza, Senior, quien seguía reteniéndolo contra todo derecho. El emir, después de aceptar algunos dones ofrecidos voluntariamente por el conde, más cien sueldos que exigiera, escribió una carta al régulo de Zaragoza Abdila, mandándole hiciese devolver a Salomón el cuerpo de su padre.

Pasados ocho años y medio después de su llegada al monasterio de

10. Senior fué obispo de Zaragoza desde 839 hasta 863. Según el P. LAMBERTO DE ZARAGOZA, op. cit., pág. 175, Senior «en 858 dió un generoso exemplo de hospitalidad, hospedando en su palacio a los monjes de París, que pasaban a Córdova por las Reliquias de los santos mártires Jorge y Aurelio, el que continuó en su regreso».

11. Parece que este conde Salomón lo era de la Cerdeña, así como Sunyer. Es posible que éste muriera, quizá en acción militar, dentro del territorio árabe. Era emir de Córdoba Muhammad I ibn Abdarrahan.

Castres, Audaldo, con algunos monjes más, por mandato del conde, volvió a Zaragoza. Abdila hizo llamar al obispo Senior y le interrogó en presencia del monje. Como negara todo, fué acusado de lesa majestad y condenado al suplicio hasta acceder a abrir el sepulcro. Sospecharon que se les engañaba, dándoles un cadáver cualquiera en vez del de san Vicente, pero he aquí que, al contacto de las reliquias, sanó instantáneamente el monje Ratberto que se hallaba imposibilitado de una pierna. Y desaparecieron todas las dudas.

Audaldo y sus compañeros, contentos por haber conseguido, por fin, tan codiciadas reliquias, emprendieron el camino de regreso, pasando, por el río Segre, a Balaguer, donde al paso de los restos de san Vicente una ciega fué iluminada, y de aquí al castillo de Berga y a la Cerdaña bajo la guía y conducción del conde Salomón, a Llívia, a Carcasona y, finalmente, al monasterio de Castres. Fueron tantos los milagros obrados por la intercesión de san Vicente, que de todas partes brotaban alabanzas a Dios y al Señor Jesús Cristo, a quien sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

6 EN EL NOMBRE DEL SEÑOR, AMÉN. DE LA TRASLACIÓN DE LAS RELIQUIAS DE SAN Vicente, diácono y mártir. En el lugar donde la mano de Dios depositó el cuerpo glorioso del mártir Vicente levantaron los cristianos una basílica, en la que descansó por espacio de unos 800 años, hasta los tiempos de Alfonso, rey de Portugal. Valencia fué poseída por los cristianos hasta que Dios, a causa de los pecados de éstos, permitió que los sarracenos de Africa surcasen el mar y subyugasen España. También Valencia cayó en poder de los moros y como sea que no quedó con vida ni un cristiano, no solamente dejó de venerarse la memoria de san Vicente, sino que se olvidó incluso el lugar de su sepulcro.

Siendo sumo pontífice Alejandro papa III y reinando en la España occidental Alfonso rey, Dios manifestó su tesoro. Hay en Lusitania una ciudad llamada Olisepona, en lengua vulgar Lisboa, en la que vivía un presbítero, hombre muy justo, el cual, estando una noche en oración, tuvo una aparición:

— Levanta veloz y vete — le ordenó el varón aparecido —. Emprende viaje por mar y busca el cuerpo del mártir Vicente que descansa en una basílica cerca de la ciudad de Valencia, junto a la playa. Cuando lo hayas encontrado, lo traerás a esta ciudad de Lisboa que, con este motivo, sentirá gozó y exultará.

A la mañana siguiente, oró así el presbítero:

—Señor Dios, si esta es tu voluntad, auxíliame con tu gracia y dirige mis pasos por los caminos de tus mandatos y envíame tus santos ángeles para que pueda alabar y glorificar tu nombre con el hallazgo de tu santo testigo.

Preparó rápidamente una nave y todo lo necesario. Muchos, viéndole maniobrar, le preguntaban, pero él no quiso revelar a nadie su secreto y se justificaba diciendo que le hacían falta maderos para edificar su morada. Por fin, tomó consigo a un diácono y a un niño y se abandonó, lleno de fe, a los peligros de la mar, que fueron muchos los que hubieron de pasar.

Una vez llegados al puerto de Valencia, desembarcaron sigilosamente por miedo a los sarracenos. De noche, amparados en la oscuridad y alumbrándose por medio de una linterna oculta entre paños, fuéronse los tres a la basílica de san Vicente. El diácono se quedaría fuera para vigilar, mientras el presbítero y el niño entrarían en el templo para indagar.

Ya en el interior de la iglesia, el presbítero y el niño se arrodillaron para orar. Súbitamente, el niño exclamó:

— ¡Señor, señor! ¡Un bello barón está junto a mí!

El presbítero levantó la cabeza, pero no vió a nadie más que al niño, a quien ordenó:

—Hijo, toma estas tres piedras y colócalas en el lugar donde estuvieron los pies de ese varón que has visto.

Obedeció el infante y, a una indicación del presbítero, el diácono, apostado junto a la puerta, corrió a pedir herramientas a los marineros que, por precepto de su señor, guardaban la nave.

Excavaron luego el lugar señalado por el niño, pero no encontraron el tesoro deseado. Cuando estaban ya a punto de desanimarse, se dieron cuenta de que en lo más profundo del hoyo había una piedra blanca en forma de sarcófago. Lleno de fe percudió virilmente el presbítero la piedra con una herramienta y apareció una caja de madera, de la que salió tanta fragancia que apenas podían resistirla. Recobradas las fuerzas y entendiendo que por medio del olor Dios les manifestaba ser aquel el sepulcro de san Vicente, el presbítero y el diácono cargaron con el ataúd y se fueron hacia la orilla del mar.

Era aún de noche. Como la oscuridad le imposibilitaba ver, el diácono, que iba delante, tropezó y cayó en un profundo hoyo. Sin embargo, el sarcófago quedó suspendido en el aire y no cayó al desaparecer quien sustentaba su parte delantera. Y dijo el presbítero, en la creencia que el diácono se había detenido:

—¿Por qué no sigues andando? ¿Por qué te paras? Más vale que continúes, puesto que nada bueno nos proporcionará el permanecer aquí largo tiempo.

Es que tenían mucho miedo a ser descubiertos por los sarracenos. Y exclamó el diácono desde el fondo del hoyo:

—¿Cómo puedo seguir si estoy dentro del hoyo?

Admirado y, a la vez, contristado, dijo el presbítero:

—Ya no creo, Vicente, que este cuerpo que llevamos sea el tuyo. Pues si fuese, ¿por qué habrías dejado caer a tu portador? ¿Acaso podrías ser vencido en la traslación tú que en la pasión venciste? Si es verdad que este es tu cuerpo, ¡devuélveme al diácono!

Sin ayuda de ninguna persona visible, el diácono fué sacado inmediatamente del hoyo. Y alabando a Dios y san Vicente prosiguieron el camino. Llegados que fueron al puerto, se apartaron velozmente de la orilla y, dando un rodeo, arribaron felizmente a la nave.

(No sin inspiración divina, aquella misma noche, los guardianes de Lisboa empezaron a gritar: —¡¡San Vicente viene!!).

Al aparecer la aurora, la nave, un tanto lejos ya del puerto de Valencia, vióse rodeada de cuervos que, alegremente croando, escoltaban el cuerpo del mártir. Y es de notar lo que dicen los escritos: que aquellos cuervos eran los mismos que defendieron el cadáver después del martirio. Cosa que no sería de extrañar, pues aseguran los entendidos que la vida de un cuervo es más larga que siete mil años.

He aquí que todas las mañanas los niños de Lisboa corrían por las plazas de la ciudad, diciendo: —«¡San Vicente viene, san Vicente viene!». Si les preguntaban que por qué decían esto, no sabían dar razón alguna. Maravilláronse los sabios de la ciudad y discutían entre sí sobre el significado de las voces de los niños lisboetas. Un buen día el obispo mandó indagar si faltaba alguno de sus presbíteros o algún magnate de la ciudad. Cuando supo que faltaba el venerable presbítero, entendió el prelado y los sabios que el preste era el único capaz de descifrar los gritos de los pequeños y decidieron esperar su llegada.

El venerable presbítero desembarcó sigilosamente de noche y llevó el cuerpo del mártir a su casa y lo encerró en una magnífica arca. Tenía el propósito de no revelar a nadie su gesta, pero le comprometieron los cuervos, que volaban incesantemente por encima de su casa, y los niños, que cambiaron los gritos de días anteriores por este otro: —«¡¡San Vicente ha llegado, san Vicente ha llegado!!»

Así el obispo como los ciudadanos entendieron que las reliquias del atleta de Cristo habían llegado a Lisboa, y el presbítero fué interrogado en presencia de los sabios. Y reveló todo.

Pronto recorrió la ciudad tan grata noticia y hubo gran gozo y mucha alegría y se preparó un magnífico sepulcro de piedra con adornos de oro, plata y piedras preciosas. Cuando estuvo todo a punto, se organizó una grandiosa procesión para trasladar el cuerpo de san Vicente desde la casa del venerable presbítero a la iglesia mayor y presidió el rey Alfonso y su hija Matilde, reina, sin que faltaran los graciosos cuervos que no cesaron de croar durante todo el trayecto. El venerable presbítero fué muy amado y honrado por todos los ciudadanos y el obispo lo promovió a canónigo y guardián del sagrado cuerpo.

Y aconteció esta historia después de más de 800 años del martirio de san Vicente, gobernando la Iglesia Alejandro papa III, reinando en esta provincia el rey Alfonso, siendo emperador de los romanos el ilustre Federico, empezando a reinar sobre los francos el piísimo rey Luis y sobre ellos y nosotros, para siempre, nuestro Señor Jesús Cristo. Amén ¹².

7 COMIENZA EL TRATADO DE LA TRASLACIÓN DEL CUERPO DEL GLORIOSO VICENTE mártir a la Sede de Lisboa ¹³.

Después que hubo llegado a Valencia el rey moro Abderrahman, vencedor del rey Rodrigo, algunos cristianos tomaron el cuerpo de san Vicente y, en busca de lugares más seguros, se fueron hacia occidente a una tierra remotísima llamada Cabo de San Vicente del Cuervo, en árabe *al-Canisat al-Corab*, que significa *iglesia o congregación del cuervo*, donde escondieron las reliquias y edificaron un pequeño monasterio que fué, durante algunos años, morada de hombres religiosos y causa de muchas maravillas obradas por la intercesión del santo.

Cierto día, un moro de Fez llamado Alibohaces, andando de caza, dió con este monasterio y con los cristianos que en él moraban. Destruyó aquél y mató a éstos, dejando con vida sólo a dos niños que se llevó, como esclavos, a Africa. A pesar de su empeño, no consiguió encontrar las sagradas reliquias, que permanecieron, después de su paso, en el mismo sitio, aunque rodeado de devastación y olvido.

12. «Analecta Bollandiana», I (1882), p. 263. Esta narración fué escrita en el siglo XIII.

13. Esta versión del traslado de las reliquias de san Vicente a Lisboa está sacada del Libro de los milagros de san Vicente, escrito por Esteban, precentor de aquella catedral, libro del que se sirvió Tomás Tamayo de Vargas, historiador del rey católico. «Acta Sanctorum Ianuarii», III (1886, pág. 21. AYNSA, op. cit., pág. 197.

Pasaron muchos años. En el de 1139, don Alfonso, primer rey de Portugal, tras vencer a cinco reyes moros, conquistó la mayor parte de la tierra del Algarbe y libertó a algunos cristianos mozárabes que eran esclavos de los moros. Había dos entre ellos, ya de edad, a quienes el rey mandó comparecer a su presencia. Y le contaron que ellos eran valencianos de procedencia y que habían morado en el promontorio sacro—ahora Cabo de San Vicente—hasta que el cazador moro mató a la cristiandad valenciana fugitiva, menos a dos niños, como queda dicho. Y resultó que aquellos dos niños no eran otros que los dos ancianos que le hablaban.

El rey, llevado de su devoción a san Vicente, les preguntó:

—¿Recordáis aquel lugar?

Ellos contestaron que sí, suponiendo que quedase algo de las edificaciones que había o que permanecieran aún los cuervos que solían posarse sobre el sitio donde estaba el sepulcro. (Y esta era la razón por la que los moros llamaban al lugar *al-Canisat al-Corab*).

El rey hubo grande gozo, oyendo a los dos ancianos y concertó con los moros una tregua de trece días para poder ir él mismo, en compañía de los dos mozárabes, en busca del sagrado cuerpo. Pero era tanta la maleza que invadía aquellos parajes, que les fué de todo punto imposible encontrar rastro de los edificios construídos por los valencianos fugitivos y se volvieron.

Una vez tomada la ciudad de Lisboa en el año 1147, el rey mandó construir un cenobio bajo la advocación del santo en el lugar donde asentó sus reales durante el cerco de la ciudad, que es ahora de canónigos regulares. Pero esto no satisfizo la devoción de Alfonso de Portugal. De aquí que cuando el rey moro de Sevilla le pidió tregua, se la concedió prontamente, decidido a buscar sin impedimento el cuerpo del glorioso mártir san Vicente. A este fin tomó consigo a los más viejos valencianos que pudo encontrar y gente armada y, en una nave, se dirigió al Cabo San Vicente.

Gracias a lo mucho que oraron, les fué dado encontrar las ruinas de los edificios antiguos, siguiendo a los cuervos. Y después de cavar muy hondó, hallaron una caja de madera que contenía el cuerpo del invicto mártir. Dios acreditó la verdad del hallazgo con un milagro que consoló grandemente a todos.

Depositado en la nave el sagrado cuerpo, sendos cuervos se posaron sobre la popa y proa, para acompañarlo y, a la vez, ser sus testigos. Llegaron de noche aun en Lisboa y llevaron las reliquias a la iglesia de

santas Justa y Rufina. Muchos ciudadanos no estuvieron conformes con el lugar escogido para el definitivo reposo de san Vicente y se encendió una polémica con tal diversidad de opiniones y tanto apasionamiento que faltó poco para que se llegase al uso de las armas. Por fin, el deán de la catedral, Roberto, convenció al rector de santas Justa y Rufina y el cuerpo del vencedor fué trasladado a la iglesia mayor. Lo que se efectuó el día 15 de septiembre del año del Señor de 1173.

8 DE LA TÚNICA DE SAN VICENTE QUE LOS FRANCO ENCONTRARON EN ZARAGOZA ¹⁴.

Entre muchas otras gestas de los reyes francos, cuéntase que una vez Childeberto fué a hacer la guerra en las Españas, acompañado de Clotario, y que puso sitio a la ciudad de Zaragoza, al frente de un gran ejército.

Los cesaraugustanos entendieron que el sitio había sido permitido por Dios a causa de los pecados cometidos en la urbe. Por esta razón volvieron sus rostros hacia el cielo e hicieron penitencia: vistieron ropas burdas, se abstuvieron de comer carne y de beber, sacaron en procesión la túnica de san Vicente, con la que dieron muchas vueltas alrededor de la muralla, cantando salmos y plegarias, y las mujeres se vistieron de negro y cubrieron de ceniza sus espléndidas cabelleras. Parecía una reproducción de la penitencia que hicieron los ninivitas y Dios no pudo dejar de atender sus llantos.

Observaban todo los sitiadores, sin acertar a imaginar qué sucedía. Al cabo de unas horas, detuvieron a un rústico de la ciudad, a quien preguntaron:

—¿Qué es lo que sucede en Cesaraugusta?

—Llevan la túnica de san Vicente—contestó el rústico—, por intercesión del cual piden a Dios tenga misericordia de la ciudad.

Los sitiados mostraron la sagrada vestidura a los sitiadores y, al verla, los reyes se arrodillaron. Y mandaron a un mensajero a la ciudad, el cual volvió acompañado del obispo, quien rindió homenaje a los reyes y les obsequió con ofrendas. Childeberto pidióle la túnica, a lo cual accedió el prelado y el cerco fué levantado. Era la túnica blanca, bordada en oro y estaba aún con las manchas de sangre que derramó el glorioso mártir.

14. «Acta Sanctorum Ianuarii», III (1866), pág. 11. Childeberto, rey de París, reinó desde 511 hasta 558, y Clotario I de Soissons, de 558 a 561.

Para su custodia, fué levantada una iglesia extramuros de París, en honor de san Vicente, donde fué enterrado, después de muerto, el rey Childeberto y su esposa, la reina Olhogoda.

9 DE UNA LEGENDARIA MEMORIA DE SAN VICENTE EN EL PELOPONESO ¹⁵.

A cierto noble del país de los bubalenses le fué manifestado que habían llegado a la orilla del mar dos sarcófagos procedentes de la ciudad de Barcelona, que está en las Españas. Y que en uno de ellos estaban los huesos de san Valero, obispo; de san Vicente, diácono, y de santa Eulalia, celebradísima mártir, y en el otro, los huesos de las fámulas de santa Eulalia.

Al salir la aurora, se avistaron en alta mar dos sarcófagos surcando las aguas, como si fuesen dos naves. Conducidos por la mano de Dios, fueron acercándose a la orilla hasta subir a tierra sin ayuda de manos humanas. Estremeciéronse, atónitos, los bubalenses y alabaron a Dios por este manifiesto milagro. Más tarde se reunieron y decidieron construir un templo en honor de los mártires en el mismo sitio donde habían recalado los sarcófagos. Y al llegar la noche, se fueron todos a sus casas.

A la mañana siguiente todos los bubalenses se levantaron muy pronto para empezar cuanto antes la construcción del nuevo templo. Pero los sarcófagos habían desaparecido. Se encargó a un pastor explorar todo el litoral y la región adyacente en busca de los sagrados tesoros. Cuando los encontró, plantó junto a ellos su cayado para que sirviera de señal a los demás. Bajó, luego, a la playa y dió noticia a los ciudadanos, los cuales fuéronse sin pérdida de tiempo al lugar indicado, donde encontraron el cayado del pastor convertido en frondoso plátano. Otra vez prorrumpieron en alabanzas a Dios por este nuevo milagro y en seguida comenzaron la construcción de la iglesia en honor de los mártires. En tan sagrado recinto no han cesado jamás de orar y de ensalzar a Dios los fieles.

Años más tarde, a causa de los muchos pecados, los impíos musulmes invadieron y subyugaron la isla de los bubalenses y mataron o se llevaron cautivos a todos los nativos. Durante el reinado de León y Alejandro, dos caminantes vieron los dos sarcófagos, al pasar junto al

15. PAUL PEETERS, *Une invention des ss. Valère, Vincent et Eulalie dans le Peloponèse*, «Analecta Bollandiana», vol. XXX (1911), pág. 286. Esta narración, atribuída a Pablo de Monembasia, está sacada del ms. árabe de la Biblioteca Nacional de París. Según Peeters, esta leyenda dataría del siglo IX o X.

templo y creyendo que dentro encontrarían un tesoro, los rompieron. Acto seguido quedaron poseídos por un espíritu inmundo y sin movimiento en las manos.

Se enteró de este castigo Nicetas, el obispo de la ciudad, de Monembasia, el cual había sido anteriormente arcipreste de Corona, y envió al lugar de los bubalenses a unos presbíteros con la misión de examinar los dos sarcófagos.

Dichos presbíteros encontraron los sarcófagos abiertos y se llevaron los venerandos huesos. Organizóse una gran procesión presidida por el obispo, a quien acompañaba toda la clerecía y todo el pueblo, para salir a recibir las reliquias, ante las cuales se postraron. El mismo obispo las depositó luego en la mayor iglesia de Monembasia que es la dedicada a santa Anastasia, mártir vencedora, y las colocó debajo del altar de santa Irene, mártir, en el lado derecho del mismo templo. Y fueron dadas grandes alabanzas a Dios quien quiera darnos a todos la eterna salvación. Amén.

